

TEXTO A

Recuerdo bien a ese alumno que tuve hace una década; me contó que había sido un directivo de agenda colapsada, pero que la vida lo paralizó con un ictus como infausto regalo a los cuarenta. Al año siguiente de la tragedia, tartamudo y verbalmente desarmado, estaba dándose una nueva oportunidad en un aula de la Facultad de Filología, estudiando entre compañeros de mesa que no sobrepasaban la gozosa juventud de los veinte años. Al terminar la época de los exámenes y viendo llorar a una compañera por una nota, me dijo: “Cuando los veo llorar por un examen, siento envidia de sus lágrimas”.

El pecado de la envidia está muy mal visto y hay consenso teológico y social en que perjudica a quien lo padece. No obstante, es más absoluto en su definición teórica que en su plasmación real. La Edad Media alternaba envidia con invidia, una palabra que se acercaba bastante al aspecto del étimo (in-videre: mirar con malos ojos); los hablantes fueron paulatinamente poniendo la palabra a jugar con todo tipo de matices, refinaron las formas de mala mirada que acarrea la envidia. Idearon la forma de nombrar a la envidia sin bilis, esa que llamamos “envidia sana” y que nuestros antepasados, más píos, denominaban “envidia santa” buscando como nosotros un modo de blanquear la oscuridad del sentimiento. La envidia entró en expresiones hechas como *comerse* o *estar verde de envidia* y generó numerosos refranes; de hecho, hoy, cuando ya hemos olvidado qué era la tiña, sabemos que esta enfermedad existió precisamente porque la hemos ligado a la envidia. Incluso se ha adoptado la palabra alemana *Schadenfreude* para designar con sentido técnico el malicioso placer que podemos sentir ante el mal ajeno.

Sí, pocos pecados han sido lingüísticamente tan productivos como este. Sin embargo, tanta variedad léxica no me ofrece una etiqueta que colgar a la envidia que siento ahora, que podría llamar “retroenvidia”, porque se proyecta sobre mí misma en mi tiempo pasado más inmediato y lo codicia, como el nublado al celeste del que proviene. Yo miro al mes de febrero de 2020 con los ojos entornados de retroenvidia por su normalidad sin pandemia: no puedo pensar en ese tiempo tan cercano sin que sea iluminado por el oscuro rayo de este pecado. Y esa es una penitencia añadida a mi nueva normalidad. (Lola Pons Rodríguez, “La envidia”, EL PAÍS, 19/08/2020)

PREGUNTAS

A.1 (2 puntos) Haga un comentario de texto del fragmento que se propone contestando a las preguntas siguientes: a) enuncie el tema del texto (0,5 puntos); b) detalle sus características lingüísticas y estilísticas más sobresalientes (1,25 puntos); c) indique qué tipo de texto es. (0,25 puntos)

a) Nos encontramos frente a un texto escrito por Lola Pons sobre las distintas formas del sentimiento de la envidia.

b) En cuanto a la caracterización, observaremos las propiedades textuales que todo texto debe cumplir, esto es, la adecuación, la coherencia y la cohesión.

El segundo párrafo tiene una intención expositiva. Al hablar de la evolución del término y de su interpretación actual, combina verbos en pasado (“generó”, “entró”) con formas en presente

(“está”, “perjudica”). Incluye al lector con el uso de la 1ª persona del plural (“hemos olvidado”, “hemos ligado”). Aunque predomina en este párrafo la función representativa (“generó muchos refranes”), cabe mencionar la presencia también de la metalingüística (“*in-videre* : mirar con malos ojos”). El primer y tercer párrafo, en cambio, son argumentativos, tratan de las vivencias personales de la autora y muestran su punto de vista. Tal intención se aprecia en el uso de verbos en 1ª persona del singular (“recuerdo”, “puedo pensar”) y en el predominio de la función expresiva (“yo miro al mes de febrero de 2020 con los ojos entornados de retroenvidia”).

El fragmento se caracteriza por el predominio de sustantivos abstractos, es decir, aquellos que no son perceptibles por los sentidos (“plasmación”, “consenso” o “placer”). Teniendo en cuenta su temática, no es de extrañar el empleo de términos pertenecientes al campo semántico de la lingüística (“definición”, “expresiones”, “refranes”) o la repetición de palabras en los diferentes enunciados del texto (“envidia”, “normalidad”, “palabra”). La familia léxica (“malos”, “mala”, “mal”, “malicioso”) también está presente en este texto. Debido al carácter subjetivo del que venimos hablando, observamos que predomina en el texto el significado connotativo del lenguaje (“blanquear”, “penitencia”). Aunque el registro del texto tiene un nivel estándar, llama la atención la presencia de “retroenvidia” (neologismo acuñado para nombrar a una nueva realidad) y del germanismo *Schadenfreude*. Abundan los adjetivos calificativos (“gozosa juventud”, “nueva normalidad”, “malicioso placer”), los cuales refuerzan el carácter subjetivo del texto.

Para referirse a elementos del contexto de la comunicación, la autora emplea deícticos temporales (“hoy”, “ahora”), espaciales (“ese”, “esta”) y personales (“mi”, “nosotros”, “nuestros”). La anáfora, que es un mecanismo de cohesión que evita repeticiones innecesarias, aparece en oraciones como “sabemos que esta enfermedad existió precisamente porque la hemos ligado a la envidia”. Se hace explícita la cohesión también con marcadores discursivos como “pero”, “sin embargo”, “no obstante”). Lola Pons emplea varias metáforas (“blanquear la oscuridad del sentimiento”, “sin que sea iluminado por el rayo oscuro de este pecado”) con el objetivo de embellecer el lenguaje.

c) Por todo lo señalado, estaríamos ante un texto predominantemente expositivo-argumentativo, ya que aporta su punto de vista y este es sostenido con ejemplos observables. Se trata, por tanto, de un artículo de opinión.

A.2 (1 punto) Redacte un resumen del contenido del texto.

El concepto de envidia, definida como un sentimiento que daña quien lo experimenta, ha ido edulcorando su significado desde hace siglos y dejando expresiones en nuestra lengua. Teniendo en cuenta la creatividad ligada al término, se propone la palabra “retroenvidia” para designar lo que se siente al recordar lo que era la vida antes de la pandemia.

A.3 (1,5 puntos) Elabore un texto argumentativo a favor o en contra de considerar que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Vivimos tiempos complicados: pandemia, crisis, inestabilidad. Cuando la actualidad se presenta con tanta crudeza, es lógico pensar que en el pasado fuimos más felices de lo que hoy somos; sin embargo, conviene comprobar si tal afirmación es cierta.

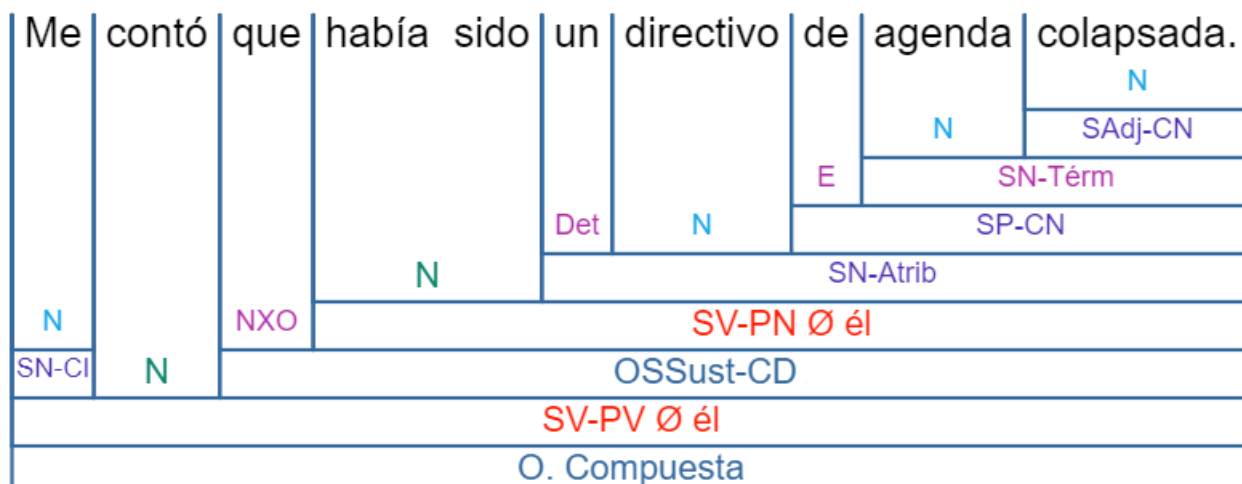
Por un lado, las personas mayores coinciden en identificar su plenitud vital con su juventud, lo cual es lógico si tenemos en cuenta que, con el pasar de los años, han visto con cómo iban perdiendo gente importante, cómo han vivido momentos que no volverán y cómo sus facultades físicas y mentales se han ido deteriorando. Aunque doloroso, es entendible que el presente no se les antoje tan atractivo como lo fue su pasado.

Por otro lado, es triste que las personas más jóvenes, con toda la vida por delante, se muestren tan desesperanzados ante un presente tan convulso. No es de extrañar que esta falta de confianza y perspectivas se manifieste en forma de ansiedad, depresión e insomnio, enfermedades muy extendidas y cada vez más frecuentes entre la población más joven.

Debemos ser conscientes, por último, de que tendemos a ensalzar lo ya vivido. Ante situaciones complicadas, nuestro cerebro suele refugiarse en un pasado que recuerda de un modo totalmente idealizado. Pensar que hubo una época en la que todo era absolutamente perfecto no solo es irreal sino muy dañino, pues la comparación solo acrecienta nuestro malestar y descontento.

En conclusión, solemos añorar el pasado porque de él nos quedamos solo con lo bueno, lo cual no ayuda a afrontar el presente ni a esperar un futuro menos adverso.

A.4 (1,5 puntos) Analice sintácticamente: Me contó que había sido un directivo de agenda colapsada.



A.5 (1 punto) Indique a qué categoría gramatical, o clase de palabras, pertenece verbalmente, analice su estructura morfológica y señale a qué proceso de formación de palabras responde.

Verbalmente es un adverbio derivado por sufijación.

Verb-: lexema.

-al-: morfema derivativo sufijo.

-mente: morfema derivativo sufijo.

A.6 (2 puntos) La novela española de 1939 a 1974. Tendencias, autores y obras principales.

1939 trajo el final de la contienda, pero no la paz. La represión asoló España durante la posguerra. En el general Franco se concentraba el poder de un sistema que tenía tres pilares: las fuerzas armadas, la Falange (partido único) y la Iglesia. La Ley de Sucesión permitiría a Franco atribuirse de modo vitalicio la Jefatura del Estado. La penuria y la autarquía definen la situación económica.

La inmensa mayoría de los intelectuales que no había muerto o se encontraban encarcelados marchó al exilio. Si a ello se suman la miseria y la represión, no es de extrañar que se haya hablado de "páramo intelectual" para referirse a la España de entonces, pues en esta época la censura prohibió las novelas sociales y las obras de los exiliados, así como aquellas que hubieran sido escritas por novelistas extranjeros contrarios a las ideas del régimen franquista.

Muchos escritores continúan fuera de España su labor literaria. Como características generales de estos autores pueden indicarse la evocación de la España perdida, el recuerdo de la Guerra Civil, el deseo de recuperar el pasado, la nostalgia y la experiencia humana del destierro. Son obras plagadas de dolor, angustia y soledad. Escriben desde el exilio Ramón J. Sender (*Crónica del alba*, *Réquiem por un campesino español*), Max Aub (*El laberinto mágico*, *La calle de Valverde*, la serie de los *Campos*), Francisco Ayala (*Los usurpadores*, *Muertes de perro*) y Rosa Chacel (*Memorias de Leticia Valle*, *La sinrazón*). La cultura presentaba también un panorama desolador.

En la década de 1940 se inicia un periodo de durísima posguerra. Estalla la Segunda Guerra Mundial en la que España no intervendrá militarmente, pero apoyará ideológicamente a las potencias del Eje. La denuncia abierta se hace imposible, de modo que encontramos una novela de corte existencial con obras que acentúan la ambientación sórdida, las acciones violentas y la expresión abrupta, personajes desorientados y marginales que se limitan a contar su testimonio. Para clasificar este tipo de literatura se ha hablado de tremendismo. Pertenecen a esta corriente novelistas de la talla de Camilo José Cela (*La familia de Pascual Duarte*), Gonzalo Torrente Ballester (*El golpe de estado de Guadalupe Limón*), Carmen Laforet (*Nada*) y Miguel Delibes (*La sombra del ciprés es alargada*).

En los años 50, España se abre tímidamente al exterior (ejemplo de ello es que ingresa en la ONU). Aquellos que habían emigrado consiguen mandar a sus familias dinero del extranjero; además, el país se convierte en destino de turistas, lo que favorecerá el ansiado progreso económico. La novela abandona la visión existencial y recoge las nuevas preocupaciones sociales que afectan a la colectividad. Se muestran del lado de los más desfavorecidos y discrepan con una sociedad a la que consideran insolidaria. Desean que esta cambie. Se cita como precedentes de la novela social *La colmena* de Cela, en *La noria* de Luis Romero y *El camino* de Miguel Delibes. Dentro de la novela social es habitual distinguir entre dos corrientes distintas: el objetivismo y el realismo crítico. El objetivismo presenta la realidad desde una perspectiva neutral sin intervención del autor, pues entiende la novela como un testimonio de la época. Representan el objetivismo Ignacio Aldecoa (*El fulgor y la sangre* y *Con el viento solano*), Jesús Fernández Santos (*Los bravos*), Carmen Martín Gaité (*Entre visillos*) y Rafael Sánchez Ferlosio (*El Jarama*). El realismo crítico es, a menudo, considerado una evolución del objetivismo donde la crítica social es más explícita. Los autores sí alzan su voz y se muestran rebeldes ante una realidad que no quieren aceptar y que es necesario denunciar. Destacados novelistas de esta narrativa fueron Juan

Goytisolo (*Duelo en el paraíso*), Luis Goytisolo (*Las afueras*), Jesús López Pacheco (*Central eléctrica*), Lauro Olmo (*Ayer, 27 de octubre*), Armando López Salinas (*La mina*), Alfonso Grosso (*La zanja*), José Manuel Caballero Bonald (*Dos días de septiembre*) y Ana María Matute (*Pequeño teatro*).

Al comenzar la década de 1960 observamos que el crecimiento económico (fruto del turismo y las inversiones extranjeras) ha ido modificando poco a poco a la sociedad española. Los novelistas abandonan las esperanzas de que sus obras tengan repercusión social directa y centran sus esfuerzos en la renovación formal y la experimentación, cansados del realismo. Buscan conjugar crítica y modernidad en sus obras. Con la publicación en 1962 de la novela crítica tanto cultural como socialmente *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos, se inicia una nueva etapa que se extiende hasta el final de la dictadura: acaba con la ilusión de la literatura comprometida, significa el final del realismo social. Ese mismo año apareció *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa, con lo que comenzó el llamado boom de la novela hispanoamericana. Forman parte de este movimiento *La casa verde* del propio Vargas Llosa, *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, *Rayuela* de Julio Cortázar, *Paradiso* de José Lezama Lima o *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. En 1966 aparecieron tres novelas experimentales que alcanzaron gran resonancia: *Señas de identidad*, de Juan Goytisolo; *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé; y *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes. A partir de ese momento, y coincidiendo con el ya citado éxito de la narrativa procedente de Hispanoamérica, numerosos narradores de distintas generaciones se incorporaron al experimentalismo. Entre los novelistas que ya eran conocidos, escribieron relatos experimentales Cela (*San Camilo 1936*), Torrente Ballester (*La saga/ fuga de J.B*), Carmen Martín Gaité (*Retahílas*) y el citado Juan Goytisolo (*Reivindicación del conde don Julián*).

A.7 (1 punto) Comente los aspectos más relevantes de la obra española que haya leído escrita entre 1900 y 1939 en relación con su contexto histórico y literario.

El *Romancero gitano*, escrito entre 1924 y 1927, se publicó en 1928 con un éxito rotundo. Lorca se convirtió en el poeta más popular de su tiempo, pero también recibió algunas críticas desde los círculos más vanguardistas por el tradicionalismo de la obra. El éxito del libro llevó a la identificación de Lorca con el mundo gitano; eso molestaba profundamente al autor, quien llegó a declarar que no tocaría jamás el tema gitano, el cual solo era un motivo poético.

El aspecto original del *Romancero gitano* es el hecho de esterilizar la realidad gitana y crear un mundo mítico, con raíces históricas y culturales antiguas: precristianas, bíblicas, del mundo romano, la cultura judía y la musulmana. Las asociaciones míticas alejan al libro del costumbrismo del tipismo folclórico, pues se desvanece la realidad y aparece el mundo atemporal y misterioso de los sueños, donde conviven santos, vírgenes, reyertas, sexo, espera y muerte. En conjunto, los 18 romances muestran un mundo gitano legendario (abocado a un destino trágico, al dolor, a la pena y a la muerte) que se constituye en el tema del libro. Los personajes y la naturaleza adquieren un carácter simbólico. Así, los gitanos encarnan la autenticidad, los sentimientos pasionales y la sabiduría natural ligada a la tierra; frente a ellos, aparecen unos antagonistas, en general, representantes de la civilización.

El precedente de esta novela es Poema del cante jondo, donde Lorca comienza a crear su universo poético andaluz: la Andalucía del llanto, del misterio, el dolor, el amor y la muerte; un mundo sensual de olivares, viento, luna y caballistas, circunscrito entre Córdoba, Sevilla y, sobre todo, Granada.

El *Romancero gitano* sintetiza lo popular y lo culto, la tradición y la novedad. Por una parte, responde a la corriente neopopular en la que se inscribe la poesía de Alberti y Gerardo Diego, así como la música de Manuel de Falla, Albéniz o Granados. Por otra parte, la novedad de las imágenes (muchas de ellas irracionales) relacionan el *Romancero gitano* con el interés por Góngora y con las nuevas corrientes vanguardistas. A pesar de las diferencias entre los distintos romances lorquianos, en conjunto mantienen numerosos rasgos del Romancero viejo. Por ejemplo, son composiciones lírico-narrativas, los diálogos confieren un tono dramático al poema, el significado es fragmentario y misterioso, y adquieren un tono épico en algunas escenas.



TEXTO B

En una época anterior en que “mi mundo” se disgregaba (se iba a la mierda directamente), hallé cierto consuelo en estudiar la historia cultural de la melancolía. Leí todo lo que caía en mis manos, ensayos clásicos y modernos, investigué para conocerme a mí misma.

Aunque habitualmente se usa como sinónimo de tristeza o depresión, lo cierto es que es mucho más que una afección del alma o la psique: la melancolía es un concepto vertebrador de épocas enteras y motor de creación, mucho más de lo que se imagina.

He afirmado entonces y ahora que es, más allá de un síntoma de carácter, una forma de conocimiento del mundo, un visaje del pensamiento: el melancólico, la melancólica, no son seres oscuros abismados u obsesionados con la muerte. Antes, es alguien que conoce profundamente la impotencia del ser humano y el desastre que lo circunda, y aun así insiste en confiar en el futuro; a pesar de tener todas las señales en contra, a pesar de la deriva autodestructiva y a pesar de sí mismo. Hay ejemplos de guerrilleros melancólicos y de luchadoras melancólicas que fueron, en esencia, seres divididos entre la derrota anticipada y la necesidad de sentir agarre en este mundo.

Agarre. El melancólico lleva dentro una ausencia. La condición melancólica es la experiencia del agujero metafísico del que brota la tristeza. Lo que anhelamos es eliminar ese hueco que sentimos entre nosotros y las cosas, hacer patente esa vinculación necesaria para respirar y vivir entre nuestros semejantes. Perseguimos aferrarnos a esa interconexión, mantenernos atados al mundo y sus batallas, para no soltarnos en el espacio frío que es la existencia. Ese agujero, esa distancia, se intenta llenar con mil estrategias: solidaridad, ideales, justicia (o hambre de la misma) y nunca se consigue del todo, pero se insiste. Si algo es el melancólico es un tozudo. Mi melancolía favorita está hecha de ese impulso, nacido en el mismo centro del pecho, por acortar la distancia (y el dolor que produce) y comprometerse con el prójimo.

Prójimo es una palabra bella: similar a vecino, cercano, semejante. Cuando el confinamiento nos impuso esta otra distancia, pensé mucho en esta palabra. “Prójimo” como “cualquiera que se me parece”. Como cualquiera que puede ser infectado. Ellos, yo, no hay distancia para ese pedacito de proteína que nos enferma. Confiar en el prójimo. Cuidar del prójimo. La pandemia podría haber puesto de relieve algo así de evidente, y por un tiempo existió la oportunidad. Pero, a siete meses, muchas de las respuestas políticas y sociales han consistido en lo contrario: desvincularnos. (Carolina León, “Elegía de los comeflores melancólicos”, ELSALTODIARIO.COM, 22/10/2020)

PREGUNTAS

B.1 (2 puntos) Haga un comentario de texto del fragmento que se propone contestando a las siguientes preguntas: a) enuncie el tema del texto (0,5 puntos); b) detalle sus características lingüísticas y estilísticas más sobresalientes (1,25 puntos); c) indique qué tipo de texto es. (0,25 puntos)

a) Nos encontramos frente a un texto de Carolina León sobre la melancolía como sentimiento positivo e impulso creativo.

b) En cuanto a la caracterización, observaremos las propiedades textuales que todo texto debe cumplir, esto es, la adecuación, la coherencia y la cohesión.

Morfológicamente, el fragmento se caracteriza por el predominio de sustantivos abstractos (“consuelo”, “pensamiento”, “conocimiento”), debido a que la temática del texto lo exige. Con motivo del carácter subjetivo del fragmento, encontramos abundancia de adjetivos valorativos (“seres oscuros, abismados u obsesionados”) y el empleo del valor connotativo de los términos empleados (se intenta ofrecer, por ejemplo, un nuevo punto de vista de la palabra “melancolía”). Por la importancia que tienen para el tema, se repiten términos (repetición léxica) como “prójimo” o “mundo” y encontramos una familia léxica en torno a la palabra “melancolía” (“melancólicos”, “melancólica”, “melancólico”). El registro empleado es medio o estándar, aunque llama la atención la oración “se iba a la mierda”, de carácter claramente vulgar.

Al hablar de una experiencia personal, la autora emplea verbos en 1ª persona del singular (“hallé”, “leí” e “investigué”) y deícticos en esa misma persona (“mi”, “me”, “mí”); se incluye al lector en la tesis del artículo a través del uso de verbos en 1ª persona del plural (“anhelamos”, “sentimos”), deícticos (“nuestros”, “nosotros”, “nos”) y verbos pronominales (“soltarnos”, “mantenernos”).

La función predominante en este texto argumentativo es la expresiva (“Mi melancolía favorita está hecha de ese impulso”). Gracias a las figuras literarias como la metáfora (“la experiencia del agujero metafísico que brota de nosotros”), el paralelismo (“Confiar en el prójimo. Cuidar del prójimo”) o la anáfora (“a pesar de tener todas las señales en contra, a pesar de la deriva autodestructiva y a pesar de sí mismo”), podemos hablar de la presencia en el texto de la función poética.

c) Por todo lo comentado, estaríamos ante un texto argumentativo-expositivo porque la autora da su opinión desde su experiencia personal, es decir, subjetivamente. Sería un texto periodístico, en concreto, un artículo de opinión.

B.2 (1 punto) Redacte un resumen del contenido del texto.

Al contrario de lo que se acostumbra a pensar, la melancolía es sinónimo de hundimiento sino un impulso creador. El melancólico trata de seguir vinculado con el mundo y con el resto de personas que viven en él. Se ha desaprovechado la oportunidad que ofrecía la pandemia de estar más unidos entre nosotros.

B.3 (1,5 puntos) Elabore un texto argumentativo a favor o en contra de considerar las adversidades como una oportunidad de mejora.

No siempre todo sale como a nosotros nos gustaría. Ante situaciones adversas, hay quienes se estancan y quienes logran salir de ellas fortalecidos. Esto es lo que se conoce como resiliencia.

Tras un fracaso, una ruptura o un contratiempo, es natural que nuestra primera reacción sea la frustración o el desánimo. Es importante no criminalizar estos sentimientos que, aunque desagradables, son necesarios para que tomemos consciencia de lo que ha sucedido. Reprimir

mucho menos arriesgada que el capitalismo. Son años en los que las ideas supremacistas del fascismo corren como la pólvora por Europa (Hitler en Alemania, Mussolini en Italia).

Mientras tanto, en España la proclamación de la II República fue recibida con alegría por un pueblo hastiado de la monarquía y de lo que a ella iba asociado (corrupción, injusticia, falta de libertad). Las elecciones de 1936 (que dan la victoria al Frente Popular) y el golpe de Estado que desata la Guerra Civil Española provocan la dispersión de esta Generación que nos ocupa.

El término *Generación del 27* se refiere a un grupo de poetas que surgieron en la década de 1920, coincidiendo con las vanguardias. La elección de la fecha de 1927 para denominar al grupo tiene su origen en que en ese año se reunieron en el Ateneo de Sevilla buena parte de sus escritores para homenajear a Góngora en el tercer centenario de su muerte.

A pesar de la fuerte personalidad de cada poeta, desde el principio mostraron inquietudes y gustos comunes que los diferenciaban de los otros escritores del momento. De ahí que se les considere como generación o grupo poético. Los rasgos cohesionantes alcanzan diferentes ámbitos: biográficos (edades similares, origen familiar acomodado que les permite dedicarse a la poesía), de ideas (actitudes liberales en política, apoyo a la República) y estéticos (curiosidad intelectual y deseo de modernizar la poesía; colaboración en las mismas revistas como, por ejemplo, *La revista de Occidente*, *Litoral* y *La gaceta literaria*). La relación personal se dio fundamentalmente en la Residencia de Estudiantes, lugar de amistad y de formación cultural, pues en ella se llevaron a cabo numerosas conferencias, conciertos, etc. Representaba una educación liberal y laica frente a la tradicional enseñanza religiosa.

Crearon un lenguaje generacional. Todos conceden importancia al estilo, cultivan la metáfora y consideran la poesía en su vertiente estética, es decir, como manifestación autosuficiente e intrascendente, no como medio de expresión de problemas morales, sociales o biográficos. Comparten su admiración por lo clásico y lo moderno. Toman de las vanguardias lo novedoso, lo original y lo provocador. Se interesan tanto por la literatura hispánica como por la europea.

En una primera etapa, cultivan una poesía pura y deshumanizada, influidos por Juan Ramón Jiménez y las vanguardias. Hasta la Guerra Civil, se observa en ellos el influjo surrealista con la *rehumanización* de la poesía, expresando esta angustia, rebeldía y problemas sociales. Tras la Guerra Civil, el grupo queda deshecho a causa de sus ideologías políticas. Reflejan en sus años finales problemas éticos y sociales.

Pese a que no existe unanimidad a la hora de establecer la nómina de los poetas que componen esta generación, la mayoría de los críticos están de acuerdo en incluir en ella a los siguientes autores:

Aunque se aleja del patetismo romántico, la poesía de Pedro Salinas (*La voz a ti debida*, *Razón de amor*) busca ahondar en las emociones profundas. Considerado el más fiel representante de la poesía pura dentro de los poetas del 27, de la abundante obra poética de Jorge Guillén podemos destacar *Cántico* (su primer libro publicado), *Clamor* y *Homenaje*; los tres quedarán reunidos en un único libro bajo el título *Aire nuestro*. A diferencia de gran parte de sus compañeros, Gerardo Diego tomó partido durante la Guerra Civil por el bando nacional y permaneció en España al finalizar la misma. A él le debemos obras de tanta calidad como *Imagen* (vanguardista), *Manual de*

espumas, *Versos humanos* y *Alondra de verdad*. La casa de Vicente Aleixandre se convirtió en la posguerra en lugar de acogida para los nuevos poetas españoles, desempeñando así un papel fundamental de animador de la poesía. A él le debemos obras como *Espadas como labios* y *La destrucción o el amor*. Federico García Lorca fue fusilado junto a un olivo en la campiña granadina acusado de socialista, masón y homosexual; compuso *Poema del cante jondo*, *Romancero Gitano*, *Poeta en Nueva York* y *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. Emilio Prados es autor de *Canciones del farero*, *Llanto de sangre* y *Jardín cerrado*, la cual publicó desde su exilio en México, donde murió. Rafael Alberti destacó pronto como pintor y poeta, y ya en 1925 obtuvo el *Premio Nacional de Literatura*. Entre sus muchos poemas, podemos mencionar *Marinero en tierra* y *Sobre los ángeles*. Antes de la Guerra Civil, Luis Cernuda ya había compuesto diversos poemarios que reunió en un solo volumen con el título *La realidad y el deseo*. Manuel Altolaguirre, malagueño que murió en un accidente de tráfico en Burgos, es autor de *Las islas invitadas*. Por último, al joven Miguel Hernández (quien tuvo un triste final al morir enfermo de tuberculosis tras peregrinar de cárcel en cárcel después la guerra) le debemos *El rayo que no cesa*.

Dentro del Grupo del 27 existieron, crearon y triunfaron una generación de mujeres de inmenso talento que no solo gozaron en su tiempo de éxito nacional e internacional, sino que a través de su arte y activismo desafiaron y cambiaron las normas sociales y culturales de la España de los años 20 y 30. Paseando en los años 20 por la Puerta del Sol, Federico García Lorca, Salvador Dalí, Margarita Manso y Maruja Mallo se quitaron el sombrero, rompiendo con la norma y, metafóricamente, liberando las ideas y las inquietudes. Este valeroso gesto fue el que les dio el nombre de Las Sinsombrero.

Ernestina de Champourcín fue hija de una familia católica y tradicional de origen francés y uruguayo. Cuando se inició la Guerra Civil empezó a trabajar como enfermera, hecho que le causó un gran impacto y que influyó en toda su obra posterior. Finalmente se exilió con su marido y no regresó a España hasta el año 1973. En 1992 fue candidata al premio Príncipe de Asturias. Es autora de obras como *Cántico inútil*, *El nombre que me diste* y *Huyeron todas las islas*.

La escritora María Teresa León fue la primera española en conseguir un doctorado en Filosofía y Letras. Junto a Rafael Alberti, del que también era compañera sentimental, llevó a cabo numerosas iniciativas de orden cultural, como la revista "Octubre". Con más de veinte libros publicados (*Cuentos para soñar*, *Memoria de la melancolía*), también fue muy activa en el teatro (*La tragedia del optimista*). Durante la Guerra Civil fue secretaria de la Alianza de Escritores Antifascistas, fundadora de la revista "El Mono Azul" y una destacada veladora para la salvación de las obras del Museo del Prado de Madrid.

Concha Méndez, además de su carrera como poetisa y autora teatral, mantuvo una intensa actividad editorial, fundando junto a su marido el también poeta Manuel Altolaguirre varias imprentas (una de ellas desde el exilio). En 1944 publicó *Sombras y sueños*, tras el cual permaneció en silencio hasta 1976, año en el que publicó su último poemario, *Vida o río*.

María Zambrano (*Horizonte del liberalismo*, *La tumba de Antígona*) fue una filósofa malagueña. Terminada la contienda se exilió y vivió en una larga sucesión de países y diferentes universidades, donde siguió con su actividad cultural como filósofa, ensayista y profesora.

Recibió el Príncipe de Asturias en 1981 y el Cervantes en 1989, además de otras numerosas distinciones.

Rosa Chacel fue novelista, aunque su primera vocación fue la escultura. Asidua de las tertulias, entabló amistad con Ortega y Gasset que le publicaría varios artículos en la "Revista de Occidente". El compromiso con la República la llevó al exilio (primero en Suiza y luego en Brasil) lo que le impidió proseguir su carrera literaria con total dedicación. Ya con 70 años, una beca le permitió instalarse en Madrid y terminar una de sus obras más populares, *Barrio de Maravillas*.

Josefina de la Torre publicó su primer poemario, *Versos y estampas*. Durante el franquismo permaneció en España, pero solo publicó otro libro de poemas y algunas novelas comerciales bajo el seudónimo de Laura de Cominges. Destacó en el teatro de posguerra, llegando a primera actriz en el María Guerrero. Formó compañía propia y participó en la de otros grandes nombres de la escena de entonces. Cabe mencionar como también integrantes de este ilustre grupo a Maruja Mallo (pintora) y a Marga Gil Roësset (escultora e ilustradora).

B.7 (1 punto) Comente los aspectos más relevantes de la obra española que haya leído escrita en el período posterior a 1974 hasta la actualidad en relación con su contexto histórico y literario.

El objeto de esta valoración crítica es *Los santos inocentes* (1981), de Miguel Delibes, quien fue elegido miembro de la Real Academia de la Lengua en 1973. El título tiene una clara referencia bíblica, pues alude a la matanza ordenada por Herodes de todos los niños menores de dos años. Los inocentes torturados en esta obra son Azarías (un campesino con deficiencia mental) y los suyos, quienes sufren día tras día la degradación a la que les someten sus opresores. Esa diferencia de clases se refleja en el lenguaje mismo: mientras que los inocentes recurren a expresiones de carácter rural, el discurso de quien oprime tiende a ser más culto y elaborado.

Desde el punto de vista argumental, *Los santos inocentes* es una novela tradicional, responde al esquema clásico de planteamiento, nudo y desenlace. Pese a la novela se divide en seis partes o "libros" (cada uno con título en el que indica su asunto), lo cierto es que podríamos diferenciar tres partes, correspondientes a tres momentos de génesis de la novela: los tres primeros libros ("Azarías", "Paco, el Bajo", "La milana") presentan a los personajes humillados, la miseria de la que ni se plantean huir; en el cuarto libro ("El secretario") aparece el señorito Iván, presentando la dicotomía opresor/oprimidos y la diferencia entre la pasión por la caza de Iván y la pasión por la milana de Azarías; y, finalmente, los dos últimos libros ("El accidente" y "El crimen"), donde la trama se centra en el accidente de Paco y las muertes de la milana y de Iván.

Esta breve novela ambientada en un cortijo de Extremadura (La Jara) presenta una intención marcadamente social pues, en palabras de Delibes, lo que muestra es "la situación de sumisión e injusticia que el libro plantea, propia de los años sesenta, y la subsiguiente". La finalidad de *Los santos inocentes* es denunciar los abusos de los caciques frente a los humildes campesinos. Los señores son explotadores, los pobres sobreviven a duras penas, arrojando su analfabetismo, sus miserables salarios, su permanente desamparo, sus viviendas inhabitables y su inseguridad. Domingo Ródenas afirma que Delibes "enfrenta dos mundos antagónicos, el del orden natural,

asociado con la vida rural, y el del caos y la necesidad incomprensiva, asociado con la cultura urbana, de la que son portadores los personajes elevados".

Por su compromiso con los temas sociales, *Los santos inocentes* se puede tomar como una de las obras más relevantes de la literatura española del XX.

